

EN EL DESIERTO

PERSONAJES DE LA LEYENDA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

ALMANZUR. Ochenta años. Fuerte y robusto como un viejo tronco de palmera. Tiene el aspecto venerable y las luengas barbas de los antiguos patriarcas.

OMAR. Juventud desenfadada y bella de león del desierto.

ALÍ. Hermano de Almanzur, y casi de su misma edad.

AYUB. Uno de esos poetas errantes que recitan sus kasidas y sus gacelas, a la luz de la luna, en la puerta de las tiendas nómadas.

GUERRERO 1.º

GUERRERO 2.º

EL CADÁVER DE ALIATAR

GUERREROS ÁRABES

La acción en las arideces del Desierto, durante el califato de los primeros descendientes del Profeta, cuando las leyes y preceptos koránicos se observaban en toda su pureza.

ACTO ÚNICO

Interior de una tienda nómada, amplia y cónica, sostenida por recios y rugosos troncos de palmeras y recamada de pieles de leones y tapices multicolores. Por el hueco del fondo penetra el resplandor del plenilunio, y se divisan los arenales ilimitados, como un mar de plata ondulante, petrificado en el silencio nocturno. A la izquierda, un rico tapiz de la Siria, oculta la entrada a los departamentos interiores. En la penumbra centellean los arneses guerreros. Al alzarse el telón, sólo un rayo de luna ilumina el fondo de la escena.

ESCENA PRIMERA

ALMANZUR y ALI, reclinados cerca de la entrada sobre ricos almohadones de púrpura bordados en oro, escuchan atentamente a AYUB, que de pie, bajo la claridad lunar, recita, a compás de la guzla, una suave y melancólica gacela del desierto.

AYUB

Recitando.

En tanto el amor exista,
¿para qué quieres beber,
si no hay vino que embriague
como un labio de mujer...?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ALMANZUR

Alzando lentamente la cabeza para interrumpirle.

¡Ayub, calla esas dulces canciones amorosas, porque nada hay tan triste como ver a un anciano aspirando, en las ruinas caducas de su mano, la fragante frescura de un manojo de rosas...! El amor, que a los jóvenes estremece de gozo y pone en sus pupilas como un divino encanto, para nosotros sólo tiene amargor de llanto, y es igual que una estrella en el fondo de un pozo!

Como recordando un remoto sueño desvanecido.

¡Amor...! ¡Qué de tesoros perdidos nos evoca...! El oasis; la fresca sombra de la palmera, en donde el labio imberbe, su sed, por vez primera, apagó en la cisterna virginal de una boca...! Entonces, en la calma de las noches tranquilas, eran para nosotros las estrellas más bellas, ¡ay! porque nuestros ojos miraban las estrellas temblando en la profunda noche de sus pupilas!

Con la voz trémula por la emoción lejana que resucitan sus palabras.

¡Ya de tantos hechizos, ya de aquel seno amado, donde incliné la frente, no quedan ni cenizas, porque sobre las áridas arenas movedizas el tiempo, con sus alas, para siempre ha borrado!

Inclina la cabeza, casi sollozante, entre las manos. Ayub abandona la guzla y se le aproxima.

AYUB

Almanzur, ¿qué te pasa...? ¿Qué angustia arremolina la plata de tus barbas sobre tu altivo pecho...?

ALMANZUR

Como si hablase consigo mismo.

¡Ay, todo se ha perdido...! ¡Ay, todo se ha deshecho, como un frágil ensueño de niebla matutina...!

En un sollozo apagado.

¡Oh, madre de mis hijos...! ¿Cuándo te veré?

¿Cuándo?

¿Quién de mis brazos, dime, te arrebató tan
lejos...?

Volviéndose hacia Ayub,
con voz trémula de lágrimas.

No les narres historias de amores a los viejos,
porque siempre, al oírlas, acabarán llorando...!

Pequeña pausa. Almanzur
se dirige hacia su hermano
que, la barba inclinada sobre
el pecho, ha permanecido
oyéndole.

Y tú, hermano, ¿qué dices...?

ALÍ

Alzándose, con la voz pro-
fundamente emocionada.

¡Mírame! También lloro,
y como tú la ausencia de mi amor recordaba...!

Otra pequeña pausa de si-
lencio y de evocación que in-
terrumpe Ayub, pulsando de
nuevo la guzla.

AYUB

¡Os diré una Kasida que está bordada en oro
pendiente de los santos muros de la Kaaba...!
Aquella en que se cuenta cómo Aliatar, el rayo
de la guerra, al empuje de una lanza enemiga,
traspasada la adarga y rota la loriga,
cayó muerto a las plantas de su propio caballo...!

ALMANZUR

Alzándose estremecido.

¡Calla, Ayub...! ¡No prosigas...! ¿Tu memoria
no advierte
que Aliatar, mi hijo único, al combate ha partido,
y quizá a estas horas, también habrá sentido
astillarse en sus huesos la lanza de la Muerte...?

ALÍ

Interrumpiéndole como para reanimarle.

Por tu hijo, tranquilo puedes estar... No cruza el desierto cachorro de león como el tuyo... ¡Para su brazo un juego es esta escaramuza...!

ALMANZUR

Tienes razón, hermano... ¡Aliatar es mi orgullo...!

Como sobrecogido de pronto por un triste presagio.

Mas en vez de animarme, me asusta su denuedo, que quien ama el peligro en sus garras perece...

Pequeña pausa. Se asoma al umbral, observa, y torna de nuevo hacia Ali, estremecido de espanto.

No sé lo que me angustia, Ali... ¡Mas tengo miedo...!

AYUB

Alentándole.

Desecha esos temores, Almanzur... No parece sino que sale ahora a su primer campaña, cuando ya ha recorrido, con la lanza en la mano, las cálidas arenas del desierto africano y los floridos campos de la remota España!

Aproximándosele más aún, como si contemplase lo que narra.

¡Si tú lo hubieras visto, igual que yo lo he visto, bajo lluvia de flechas, trepar a un baluarte, y arrancar de la almena la bandera de Cristo para plantar en ella nuestro verde estandarte! Y en Toledo, una tarde, en la fértil orilla del Tajo que los muros de la ciudad rodea, desarzonó su lanza, en desigual pelea, a los seis campeones más bravos de Castilla...!

ALMANZUR

Con orgullo.

¡Cómo habrán de extrañarme sus gloriosas
acciones,
su ánimo valeroso y su indomable brío,
si he sido su maestro, Ayub; si es hijo mío,
y la sangre que tiene es sangre de leones...!

AYUB

Entonces, ¿por qué temes, Almanzur...?

ALMANZUR

Severamente.

¡Porque antes
con las huestes infieles luchó por la justicia
de nuestra fe, y ahora le arrastra la codicia
del botín, a la lucha contra esos caminantes!

ALÍ

Interviniendo.

Tus quejas son injustas. La mano omnipotente
de Dios, a nuestro alcance ha puesto esta mañana,
para salvar la tribu, la rica caravana
que cargada de oro regresa del Oriente.

ALMANZUR

Mas, dime, ¿por ventura no tienen los cristianos
opulentas ciudades que asaltar en la guerra...?
¿Para qué verter sangre de hermanos
contra hermanos
cuando aún quedan infieles que abatir
en la tierra?

ALÍ

Más piensa en las miserias del aduar: la peste
diezmando los rebaños, la cosecha perdida...
Tengo setenta años... ¡Te juro que en mi vida
he visto, hermano, un año más estéril que éste...!
¡Y cuando en nuestras tiendas tan míseros
nos vemos,
y el fantasma esquelético del hambre nos hostiga;
cuando estamos perdidos, ¿quieres que
rechacemos
los copiosos socorros que el Señor nos prodiga?

ALMANZUR

Inclinándose hasta casi to-
car el suelo.

¡Cúmplase la Divina Voluntad!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946-1925 MONTERREY, MEXICO

Pequeña pausa. Vuelve a
espiar a la puerta de la tienda.

Mas me extraña
que estemos sin noticias... ¡Ayub, observa fuera...!
¡Ve si brillan las llamas rojizas de la hoguera
sobre la altiva cumbre de esa vieja montaña!

Sale Ayub. Almanzur se
queda observando en los um-
brales. Un nuevo estremeci-
miento de terror, recorre to-
dos sus miembros, en un es-
calofrío de muerte.

ESCENA SEGUNDA

ALMANZUR y ALÍ

ALÍ

Corriendo a amparar a su
hermano.

Almanzur, ¿qué te pasa?

ALMANZUR

Con voz débil, pálido de es-
panto, como si sus ojos con-
templasen la certidumbre de
sus oscuros y confusos pre-
sentimientos.

No lo sé... ¡Tengo miedo!

ALÍ

Desecha esos temores...

ALMANZUR

Como si toda la fatalidad
de su raza hablase por sus la-
bios.

¡Ay, todo será en vano,
que por más que me esfuerzo desecharlos
no puedo...

Bajando la voz. Con mis-
terio.

¡Me muerden los presagios el corazón, hermano...!

ALÍ

Sorprendido.

¿Qué dices?

ALMANZUR

Lo que oyes. Atentamente escucha:

Todo presagia un término funesto a esta
jornada...

Cuando mi noble hijo partió para la lucha
su lanza se hizo astillas contra una empalizada...

¿Y acaso no miraste, como ciervo que acosa
el furor insaciable de una hambrienta jauría,
erizada de espanto, cruzar una raposa
entre la alegre hueste que al combate partía?

Cubriéndose el rostro con
las manos.

¡Qué terribles augurios...!

ALÍ

Queriendo animarle, pero
también profundamente emo-
cionado.

Tus presagios olvida...

ALMANZUR

¡Oh, temo que a mi hijo algún mal le suceda...!

Es el único apoyo que a mi vejez le queda,
y si le pierdo, hermano, ¿qué será de mi vida...?

Quedan los dos abrazados y sollozantes, en un ángulo de la tienda, mientras resuena a lo lejos un rumor confuso de gentes, y en el umbral aparece Ayub.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y AYUB

ALÍ

Volviéndose al que entra.

¿Qué pasa, Ayub...?

ALMANZUR

Con profunda ansiedad.

¿Qué pasa?

AYUB

Desde la entrada, señalando los arenales. Los viejos se le aproximan para observar.

Por esos arenales
 en galope frenético, desemboca un jinete...
 ¡Miradle...! Ya en la entrada del aduar se mete...
 Para verle, los niños corren a los umbrales...
 A rienda suelta avanza, sobre el arzón tendido,
 y ajeno del peligro, sin reparar en nada,
 entre nubes de polvo, saltó la empalizada,
 y en el foso el caballo, al saltar, ha caído...
 Vedlo: se alza el jinete... Sobre el corcel se
 inclina,
 queriendo reanimarle... Mira desorientado...

ALMANZUR

Temblando de impaciencia.

Será algún mensajero...

ALÍ

Mirando.

Hacia acá se encamina...

AYUB

¡Tiene la adarga rota y el rostro ensangrentado!

Omar aparece pálido, jadeante y sangriento. Los tres se apartan para dejarle libre el paso.

ESCENA CUARTA

DICHOS Y OMAR

OMAR

Cayendo de rodillas ante
los ancianos.

¡En el nombre del cielo traspaso estos umbrales,
y postrado de hinojos que me amparéis os pido...!

ALMANZUR

¿Qué te pasa, buen hombre?

OMAR

¡Que vengo perseguido...!

¡Cien jinetes me siguen por esos arenales...!

Cruzando las manos en una
súplica fervorosa.

¡Ocultadme...! ¡Si caigo en sus manos, soy
muerto...!

¡No volverán los ojos a contemplar mi tienda,
que se alza, blanca y sola, al final de la senda,
como una gaviota parada en el desierto...!

ALMANZUR

Alzándole paternalmente.

¡Alza del suelo...! Nada temas... La tribu es mía,
pero ya es tuya, huésped, y dispón a tu antojo...
¡Quien quiera que tú seas, es Dios el que te envía,
y como a un mensajero de su poder te acojo...!

OMAR

Alzándose.

Me persiguen... Son muchos... ¡Aúllan como
chacales!

ALMANZUR

Tranquilizándole.

Ten en mí confianza y desecha el temor...
¡Mi tienda es respetada en estos arenales
tanto como en la Meca la casa del Señor...!

Volviéndose a Ayub.

¡Ayub, convoca a toda la gente que ha quedado
en la tribu, y con ella el desierto avizora,
para salvar mi huésped, que el huésped es
sagrado,
y es lo mismo que un templo la casa donde
mora...!

Dirigiéndose a su hermano.

¡Tú, Alí, a las mujeres de nuestra tienda ordena
que preparen el lecho más rico y más mullido,
los más gratos perfumes, la más copiosa cena,
para obsequiar al huésped que el Señor me ha
traído!

Sale Alí por la izquierda y
Ayub por el fondo.

32956